

Votar o no votar.

El dilema de la representación en la España del 29N.

1. El dilema del 29N.

En un bar dos amigos discuten sobre las elecciones del 29 de noviembre. Uno dice que votará, aunque lo hará con la nariz tapada, porque no quiere que gane la ultraderecha. El otro dice que no votará, porque no cree en un sistema que no le representa y no está dispuesto a legitimarlo con su papeleta. Ninguno de los dos es un cínico. Ambos tienen razones, ambos han pensado su posición y ninguno sabe qué hará el otro.

Ese es el dilema que este ensayo quiere explorar. No trata de decidir quién tiene razón, sino de analizar la tensión entre dos posiciones legítimas: la de quienes votan como mal menor, conscientes de las limitaciones del sistema pero dispuestos a gestionar el daño, y la de quienes se abstienen como forma de mantener la coherencia de su posición, negándose a participar en un juego cuyas reglas no aceptan.

Esta cuestión no es nueva, acompaña a la democracia representativa desde su nacimiento, pero en un contexto como el actual, marcado por la desafección, la polarización y la sensación de que el voto no cambia nada, adquiere una urgencia particular.

2. Votar como mal menor.

El argumento del voto útil es antiguo y persistente. Si no votas, otros decidirán por ti. Si te quedas en casa, facilitas que gane el peor. El voto no es un acto de amor, es un acto de responsabilidad. No se trata de elegir al que más te gusta, sino de evitar que gobierne el que más te perjudica.

La lógica es impecable. En unas elecciones generales, cada escaño cuenta. Un puñado de votos puede decidir un gobierno. Y las consecuencias de ese gobierno no son abstractas, afectan a la sanidad, a la educación, a las pensiones, a los derechos laborales y a la política migratoria.

Quien decide abstenerse está decidiendo, con su silencio, que otros elijan por él y esos otros, probablemente, no tienen sus intereses en mente.

Los datos de las últimas elecciones generales refuerzan este argumento. Según las encuestas, alrededor de 1,2 millones de votantes del PSOE en 2023 se sitúan hoy en la abstención o la indecisión. Si esos votantes se quedan en casa, el resultado podría ser un gobierno del PP con Vox, con consecuencias que afectarían a millones de personas. El voto como mal menor no es una rendición, es una forma de gestión del daño.

La pregunta, sin embargo, es hasta qué punto es legítimo pedir el voto con la nariz tapada. Si el sistema no representa, si los partidos no cumplen, si la corrupción campa a sus anchas, ¿por qué habría el ciudadano de seguir participando en un juego que no le beneficia?

3. Abstenerse como coherencia.

El argumento de la abstención es igualmente sólido. Si no crees en el sistema, si no te sientes representado, si consideras que las reglas del juego están amañadas, ¿por qué votar? Votar es legitimar, decir que aceptas las reglas. Y si no las aceptas, la coherencia exige no participar.

La abstención no es apatía, es una forma de protesta, de decir que el sistema no te representa y que no estás dispuesto a contribuir a su perpetuación. Es, en cierto modo, una forma de desobediencia civil. No se rompe ninguna ley, pero se niega la legitimidad del sistema.

En España, la abstención sostenida ronda el 30%. No es un fenómeno marginal. Millones de personas deciden cada convocatoria electoral no participar y lo hacen por razones diversas: desafección, desconfianza, falta de representación o convicción de que nada cambiará.

La crítica a la abstención es evidente: al quedarte fuera, dejas las decisiones en manos de quienes sí participan. Y esos, a menudo, son los que tienen intereses más definidos, los más movilizados, los que saben lo que quieren. La abstención no es neutral, beneficia a unos y perjudica a otros. Pero eso no invalida la posición, solo la hace más incómoda.

4. La falacia del voto útil.

Hay un problema más profundo en la lógica del mal menor. Si todos votan al mal menor, el sistema se perpetúa sin transformarse. El voto útil es útil para el sistema, no para el votante. Mantiene el statu quo, impide la emergencia de alternativas y consolida a los partidos establecidos.

La paradoja es cruel. El voto útil, que se presenta como la opción responsable, es en realidad la opción que impide el cambio. Al votar al que puede ganar en lugar del que quieres que gane, refuerzas a los grandes partidos y ahogas a los pequeños. Y así, elección tras elección, el sistema se cierra sobre sí mismo, cada vez más impermeable a las demandas de los ciudadanos.

La distinción entre voto estratégico y voto de convicción es clave. El voto estratégico calcula mientras que el voto de convicción expresa. El primero es pragmático, el segundo es simbólico. Y en un sistema que prima el pragmatismo, el voto de convicción parece un lujo. Pero sin voto de convicción, el sistema pierde su capacidad de representar la diversidad de la sociedad y se convierte en una máquina de producir gobiernos, no de representar ciudadanos.

Y hay una trampa más profunda. El voto útil presupone que los partidos cumplen lo que prometen. Pero no lo hacen. Los programas electorales se incumplen sistemáticamente y no existe ningún mecanismo para reclamar su cumplimiento. El votante firma un contrato que la otra parte puede romper sin consecuencias. No hay penalización, no hay rendición de cuentas, no hay forma de exigir responsabilidades. El voto se convierte así en un cheque en blanco. Y en un sistema donde los programas no se cumplen, el voto útil no es una elección racional, es un acto de fe.

5. La abstención como síntoma.

La abstención no es solo una decisión individual, es un síntoma de una crisis estructural. La desafección democrática no es un problema de este o aquel partido, es un problema del sistema en su conjunto.

Los datos lo confirman. La confianza en las instituciones se ha desplomado. Los partidos políticos son una de las instituciones peor valoradas. Los ciudadanos sienten que su voto no cambia nada, que los políticos viven al margen de sus problemas y que las decisiones importantes se toman en despachos a los que no tienen acceso.

La abstención es la respuesta a esa desafección. No es una causa, es un efecto. Y como tal, no se resuelve con llamamientos a la participación, se resuelve transformando el sistema para que los ciudadanos sientan que su voto importa. Mientras el sistema no cambie, la abstención seguirá siendo una respuesta racional a una oferta política que no convence.

6. Votar o no votar. Consecuencias a corto y largo plazo.

El dilema se plantea, en última instancia, como una tensión entre el corto y el largo plazo. A corto plazo, el voto puede evitar un mal mayor. Puede impedir un gobierno que recorte derechos, precarice el empleo y desmantele los servicios públicos. Votar, aunque sea con la nariz tapada, puede ser la diferencia entre un gobierno aceptable y uno catastrófico.

A largo plazo, la abstención puede forzar un cambio. Si la abstención crece, si los partidos sienten que pierden legitimidad, pueden verse obligados a reformar el sistema. La abstención como presión, como amenaza, puede ser más eficaz que el voto como resignación.

El problema es que el corto plazo siempre gana. Las elecciones se celebran cada cuatro años y sus consecuencias son inmediatas. El largo plazo es una promesa que nunca llega. Y mientras tanto, las decisiones se toman, los derechos se recortan y las desigualdades crecen.

La falta de mecanismos de rendición de cuentas agrava esa tensión. Si los partidos no cumplen sus programas y no hay forma de castigarlos, el voto pierde su sentido como instrumento de control. El ciudadano vota, pero no puede exigir. El gobierno gobierna, pero no rinde cuentas. El sistema se convierte en una representación sin representación, en un ritual que se repite cada cuatro años sin que nada cambie.

La tensión entre la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción es irresoluble. El que vota como mal menor asume la responsabilidad de gestionar el daño. El que se abstiene mantiene la coherencia de sus principios. Ninguno de los dos puede decir que tiene toda la razón. Ambos cargan con el peso de sus decisiones.

7. La vida con el voto.

¿Es posible recuperar la confianza en el voto? ¿O el sistema está tan desconectado que la abstención es la única respuesta honesta?

La respuesta no es sencilla. Depende de lo que entendamos por democracia. Si la democracia es solo un mecanismo para elegir gobiernos, entonces el voto es un instrumento y la abstención es una opción legítima. Si la democracia es algo más, un espacio de deliberación y participación, entonces el voto es una parte de algo más grande y la abstención es una renuncia a construir ese espacio.

El problema no es la abstención, sino las razones que la producen. Mientras el sistema no represente, los partidos no escuchen y las decisiones se tomen al margen de los ciudadanos, la abstención seguirá creciendo. Y con ella, la deslegitimación de un sistema que se dice democrático pero que funciona como una máquina de producir gobiernos para unos pocos.

La cuestión sin respuesta con la que acaba este ensayo no se circunscribe a votar o no votar, sino a cómo construir un sistema en el que el voto vuelva a tener sentido. Porque el voto, como la democracia, no es un regalo, sino una conquista. Y como toda conquista, requiere cuidado, atención y esfuerzo. Si dejamos de creer en él, dejamos de creer en la posibilidad de cambio. Y si dejamos de creer en eso, ¿qué nos queda?